

LA MASCULINIDAD ACTUAL EN GUATEMALA *

Iván Vargas Reyes (Nicaragua)

1. Masculinidad
2. Guatemala

Aproximación

La inteligencia es la parte fundamental de la cultura. Su demostración está en la flexibilidad en que fluyen las ideas al crear, inventar, mantener y desarrollar un beneficio. Claro está que no se refiere al trabajo específico ni a la ganancia monetaria para una estabilidad costosa, financieramente hablando. Pareciera que los hombres están hechos de manera limitada para usar su inteligencia sólo para trabajar y ganar dinero sólo para gastarlo sin control. Esta apariencia pertenece directamente a una serie de clasificaciones en donde los hombres no escogemos, sino que permitimos que nos asignen un lugar para saborear algo que llamamos poder, que nos protege de la debilidad a la cual le huimos constantemente, y que debemos conseguir a cualquier costo, violentando o mandando a violentar. Todo este sistema, que da la figura de infinito, lo reproducimos cada segundo, sin pensar y con la seguridad de que se está haciendo un bien a la humanidad, una reproducción tal que supera a las creencias religiosas.

En los espacios creados para la reflexión de la masculinidad en los hombres del presente de Guatemala, se ha logrado una asimilación en favor de la sensibilización por la no violencia. Las reacciones han sido diversas según el color de la clasificación en que estén entronizados los hombres. Pero ha habido una constante, y es el deseo de saber más sobre sí mismos y cómo identificar los estereotipos que los limitan. Demostrando así que los hombres tienen inteligencia y que no están nacidos para la destrucción. Es así que hacemos una aproximación de cómo los hombres sufren a causa de ejercer la violencia.

El silencio

Cada nacimiento de un hombrecito viene acompañado de reacciones tan complejas como la de seguir creyendo que todo puede realizar y cualquier tema o conocimiento puede saber. Desde allí, suceden las puestas en marcha de un andamiaje de afirmaciones de lo que debe hacer en el resto de la vida el recién nacido. Es como si lo marcaran con hierro caliente en donde aparecerá un número que codificará el tratamiento cultural que recibirá en su educación y en su cuidado. Se realizan fiestas o ritos y muchas veces hasta apuestas, todo para llenar con frenesí una esperanza en donde el nuevo hombre pueda ser mejor que cualquiera o soñar a veces podría llegar a ser muy famoso, como aquel que salve a la humanidad de una catástrofe mortal.

De los hombres el niño recibirá todos los conocimientos, como rito ancestral, para que funcione en el número que se le asignó; y de las mujeres recibirá privilegios en donde ejecutará su poder de realizar obligadamente algo que no entiende y que no entenderá, porque los conocimientos dados gratuitamente no son para entenderse, sino para obedecerse.

Se realiza toda una serie de acciones para garantizar el aprendizaje correcto o, mejor dicho, el entrenamiento del niño para convertirse en hombre que, traducido, significa "fuerte". La compra de vestimenta muy similar a la de un adulto, los juguetes y la comida que se le den, serán sinónimo de fortaleza, o cualquier elemento que se suministre le negará su apertura a las posibilidades mentales o sentimentales.

Horror a lo que no se sabe

Dentro del caudal de enseñanzas en el entrenamiento, también se transmite el miedo de que el niño más adelante vaya a fallar en la misión esperada sobre él. No hay deseos ni esfuerzos conjuntos, de hecho ni implícitos; sólo la marca que le denomina lo que debe hacer cada vez sin saber cómo, pero sí en corto tiempo. Así aprende a apreciar la rapidez con la contundencia. Cuando el niño se empieza a convertir en adolescente, el miedo se va convirtiendo en mayúsculo, provocándole a realizar con ansiedad cualquier actividad que haga, con el miedo latente de no hacer nada mal para quedar bien con el mundo entero y no consigo mismo. La mentira, en la mayoría de los casos, se le ilumina como la mejor amiga. El ocultamiento se vuelve una destreza principalmente en las actitudes que le enseñaron que son debilidades. Cada acción que concrete buscará cómo materializarla fuertemente, rápida para que no dé tiempo de visibilizar sus limitaciones, porque si falla en algo se cree que recibirá una condena muy severa que no sabe qué tan fuerte será.

El matrimonio como el teatro de las mil máscaras

Con esa valorización casi romántica del miedo, los hombres desarrollan para sí el instinto, para utilizarlo en todo. El estar a la defensiva ante el mundo los predispone fácilmente a la violencia o responder de manera contundente a personas que no le permitan realizarse según su número codificado para su vida. Con todo este paradigma jerárquico, los hombres buscan cómo compartir su vida con una mujer, porque así debe ser, también sin entender qué sigue después de enamorar con promesas de regalo del cielo y la tierra a la mujer escogida para tener hijos o hijas de manera oficial, o sea, ante la vista de todos de que sí ha cumplido su meta en forma exitosa y, por lo tanto, tendrá mayores permisos para enamorar con promesas a otras mujeres. Enamorar de esa manera es otra habilidad que se aprende con limitantes, aunque de hecho es una limitante. Pero el proceso de adaptación de cualquier forma para tener el puesto de ganador por siempre, también genera desgaste de lo adquirido.

En ese sentido, siempre se estará buscando lo más nuevo, lo más moderno, lo más... siempre lo más, nunca lo menos. Siempre será más importante el gasto en ropa de la mejor para guardar la apariencia de ganador y no de menos, porque eso es debilidad. De allí se explica muchos atuendos o el cambio de éstos de manera vertiginosa en los hombres de cualquier etnia, raza o país.

El matrimonio está declarado como obligación y como tal debe entenderse su ejecución filosófica. Creer que los hombres piensan como seres únicos en especie y esencia es el error más grande que se realiza cada momento de la vida humana. Más concretamente, el ejercicio de que las mujeres se deben a los hombres en cuerpo y alma es la invención cultural

más aterradora que se practica también de manera obligada, hasta llevarla fácilmente a la aberración sexual de todo el cuerpo femenino. Práctica que se realiza con violencia sin límites de imaginación, en donde hasta un beso es forzado. Todo como una búsqueda sedienta de sangre que lleva a apreciar el cuerpo femenino simplemente como un hoyo receptáculo de semen, no importando si es dentro de los estereotipos de bonito o feo, o dentro de la realidad de una mujer anciana o una niña, o bien la madre o la hija.

Aquí se requiere hacer un alto y llamar las cosas por su nombre, al señalar ciertos actos de lesa humanidad en donde los hombres obstaculizamos cotidianamente con nuestros cuerpos el paso a mujeres de cualquier edad (siempre que vaya sin presencia masculina); exponemos nuestro miembro genital con el pretexto de orinar; silbamos, gritamos, hacemos ruidos o decimos obscenidades, creyendo que hacemos la cosa más correcta y maravillosa. Y el grado máximo de la obsesión hacia el cuerpo femenino es aquel cuando se pellizca, golpea, manosea y se agarra sin el consentimiento de una mujer cualquier parte de su cuerpo.

La oscuridad

La reproducción en grande de la violencia está en los ejercicios de orden público, en donde de manera sistemática se garantiza la funcionalidad de la jerarquía del mal llamado poder, dizque con características de absoluto. Las muestras calificadas más comunes son: la represión, la tortura, la censura, el secuestro, las violaciones sexuales (tanto a mujeres como a hombres) y los asesinatos. La usurpación de toma de decisiones y el robo son más tipificadas como delitos, pero sólo el último realmente se condena.

Los sentimientos y el folklorismo de la nada

Cuando se habla sobre lo que puede sentir un hombre, muchas veces se habla desérticamente. Es una dualidad confusa en que se define a los hombres como fuertes o sólidos como una roca, pero a la vez como vacío, como un globo. Todas las confusiones las reproducimos cuando aceptamos la lógica del último grito de la moda, sin rechazar la forma excluyente para cualquier sector o especie en que se difunde cualquier producto. Tenemos por costumbre hasta hacer chiste de algo que no nos haga felices y muchas veces con esa actitud nos burlamos y excluimos a nosotros, provocándonos dolor del que nunca hablaremos porque de eso no se habla. El no expresarse libremente es la cárcel más perfecta para toda la humanidad al mismo tiempo.

El reto

Al realizar o permitir espacios en donde los hombres podamos reflexionar sobre nuestra condición masculina actual, es la mejor garantía concreta de superación, pues no vale nada lo que se ponga en un papel o las luchas que realicen las mujeres, si los hombres no buscamos cómo cambiar desde adentro. El apoyar dichos espacios será la prueba más tangible de quien en realidad desee hacer algo por la humanidad y por sí mismo.

* Ensayo extraído de la sistematización que se realiza sobre los Talleres de Género y Masculinidad que el autor impartió, en 1997, en distintos lugares de Guatemala a indígenas, campesinos, jóvenes, maestros, profesionales, técnicos, estudiantes y promotores de salud.